

¿Hacia una comunidad humana mundial?

Por Jesús ITURRIOZ

Se impone una sustancial corrección en las tendencias anti-sociológicas del mundo internacional de hoy. La prehistoria, las tribus humanas incontaminadas recién descubiertas, las sugerencias de la etología podrían suministrar una comunidad base para estructurar una comunidad humana universal. Pero la llamada civilización actual, montada sobre economía y poder, destruye la base. Lo que en la balanza mundial pesa no es el hombre, la persona. La comunidad humana mundial sería paso de gigante para resolver el problema concreto de la explosión demográfica.

Uno de los avances antropológicos más destacados de los últimos decenios es la toma de conciencia, por parte del hombre, respecto a su propia existencia universal. El globo terráqueo se ha vuelto pequeño. No hacía falta que desde la estratosfera nos lo vieran los astronautas como una diminuta bola azul.

Por nuestra cuenta y pisando tierra, habíamos comprobado que mares, continentes y atmósfera circundante no eran gran cosa; y no ya en comparación de las estrellas compañeras de nuestro sistema planetario en la Vía Láctea, sino aun en proporción a nuestros propios medios de comunicación y transporte. Todo está ya al alcance de la mano. Es más pequeño el mundo de hoy para las intercomunicaciones existentes que la España, por ejemplo, del siglo XVI.

I

1. No se trata tan sólo de un simple descubrimiento geográfico. La segunda guerra mundial fue un fenómeno trascendente, que, paulatinamente, abarcó a todos los pueblos conocidos y desconocidos. Consecuencia del mutuo conocimiento logrado a través de los sucesivos enrolamientos bélicos fue el intento fantástico, pero profundamente humano, de las **Naciones Unidas**. Es una realidad que no es posible desconocer. La O.N.U. abarca ahora ya

casi ciento cuarenta países de muy varias categorías reales, aun cuando sus votos sean iguales; todos ellos, al menos radical y formalmente, han admitido determinados principios de convivencia pacífica enunciados en la Carta de San Francisco.

La O. N. U. ha multiplicado sus organismos internacionales, especialmente aquellos, como la U. N. E. S. C. O., la O. M. S., la F. A. O.—y la O. I. T., absorbida por ella—, que tratan de ponerse en contacto con los pueblos más atrasados, y así hacerlos beneficiarse de las ventajas culturales y especialmente técnicas de esta nueva fase de la civilización que la Humanidad alcanza en las proximidades del año 2000.

2. No por ello está todo logrado. Queda mucho para que lleguemos a «identificarnos» como «Humanidad».

Un conato, ya en marcha, es el de averiguar el origen de la vida en el Cosmos; las informaciones que los ingenios espaciales, como el *Mariner*, con sus sorprendentes noticias sobre Mercurio, nos envían, nos aproximarán lentamente al conocimiento del origen de nuestro sistema planetario, tal vez de la propia vida.

Sin salir de nuestro planeta azul, aún tenemos mucho que averiguar y descubrir acerca del hombre, que sigue siendo «ese gran desconocido».

Aún camina entre oscuras nieblas la Prehistoria humana, intérpretese como quiera teorizarse, el «origen del hombre», especialmente del espíritu humano, y, por consiguiente, del **hombre como persona**. De momento, en el horizonte prehistórico, contamos con simples hipótesis de trabajo; su comprobación requerirá todavía mucha investigación sobre los restos que la prehistoria ha dejado enterrados: desenterrarlos, analizarlos, identificarlos y correlacionar los descubrimientos para trazar una historia, es labor ingente, de ritmo muy lento, inseguro.

Ingente e importante, con todo, esa labor, si tratamos de construir **desde abajo** una unidad antropológica organizada en comunidad política. La Prehistoria, como natural amanecer del historial humano, podría proporcionarnos los esquemas originales del convivir humano. Sobre ellos podríamos planear nuevos proyectos, fieles al esquema original, natural. Debemos arrancar desde la base. Pero ésta, hoy por hoy, nos es desconocida.

Más aún. Tampoco tenemos todavía conocimiento de todos los grupos humanos actualmente existentes. De vez en cuando nos llegan noticias desde las selvas amazónicas, o las interioridades africanas, o de las inmensas aglomeraciones demográficas asiáticas, sobre grupos humanos cuya existencia nos era perfectamente desconocida. Ellos no habían visto nunca hombres blancos. Son algo

así como una «reserva humana», sociológicamente hablando, que nos puede aleccionar sobre la convivencia humana.

Será del mayor interés analizar científicamente las formas sociales primitivas de estas comunidades, no contaminadas todavía por la civilización y el progreso; quizá nos den «ideas», ellos, los primitivos, para reconstruir al hombre «progresado y culto» desde bases enteramente originales, no perturbadas ni adulteradas por ulteriores manipulaciones degenerantes.

3. Llegados a este punto, topamos de frente con los avances **etológicos**.

La **Etología** es término formado por Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire; designaba en su pluma el estudio de las costumbres de los animales y de sus condiciones de vida. Haeckel formó otra palabra, **Ecología**, fundamentalmente en el mismo sentido en que Saint-Hilaire empleara su **Etología**.

Hoy en día han quedado delimitados los campos de ambos términos. «Ecología» ha quedado reservado al estudio de las condiciones de ambiente favorable o no a las especies animales. Con ello, «Etología» se aplica a las **costumbres** animales, como ya el análisis etimológico parece sugerirlo.

Pero en los tiempos recientes, la **Etología** ha avanzado hasta el campo **antropológico**. El hombre entonces viene a ser un animal más; la **especie humana**, una de tantas especies animales. En esta línea ha destacado, entre otros, Konrad Lorenz, premio Nobel 1973.

Siempre la **Historia Natural** se había preocupado de observar los comportamientos animales: era una etapa de meras observaciones vulgares y curiosas, conformes con registrar hechos sin ulteriores correlaciones interpretativas o constructivas. Pero hoy en día el comportamiento animal es objeto de estudio sistemático y científico, a partir de una experimentación técnica de los hechos rigurosamente establecidos, tanto en los animales encerrados en «zoos», como en los que viven en plena libertad. El contraste de los comportamientos en una y otra situación ha hecho que la **Etología** actual sobrepasara el cerco de la bestia y trascendiese al campo humano; examina ahora, científica y comparativamente, el comportamiento humano referido al del animal, tanto al cautivo en «zoos», como al libre.

He aquí ya la **Etología** convertida en auténtica ciencia sociológica de base para el conocimiento del comportamiento humano.

La comparación entre animal y hombre, en cuanto a su comportamiento, se ha desarrollado a dos niveles: al individual y al de grupo. Interesante, desde luego, aun el individual; en definitiva, el hombre es básicamente **animal**. El animal no racional tiene comportamientos procedentes de su mismo natural: tiene sus ins-

tintos, sus tendencias innatas, sus reflejos y sus reacciones ante los estímulos...; los tiene también el hombre. Tiene él comportamientos adquiridos, como los tiene el hombre. Más que a nivel individual, deberemos situarnos, prospectivamente, a nivel de grupo, que es el que sociológicamente más nos debe orientar, tal vez, en torno a la conducta social y política del hombre.

4. En cuanto al comportamiento grupal de los animales, nos limitamos a advertir las diferenciaciones profundamente establecidas entre el grupo animal en «zoo» y el animal en libertad. Superemos los detalles de la investigación para establecer, en lo posible, comparaciones «sociopolíticas».

El comportamiento del grupo animal en libertad, correlacionado con el humano, encuentra su paralelo, para los etólogos, en la **tribu**. Las «virtudes básicas», dicen, que hacen posible la vida «en sociedad», son innovaciones **animales**. Nosotros no hacemos sino aplicar sus conductas, y a menudo, muy mal. El dicho de que el hombre es un lobo para el hombre es una «calumnia» para el lobo, que en su grupo se conduce de modo «ejemplar». El hombre animal nace provisto de verdaderos programas de sobrevivencia, o **ethogramas**, que constituyen, según conclusión de los etólogos, una moral natural más imperativa que la fundada en justificaciones racionales.

El hombre original constituye la **tribu**, dentro de la cual los comportamientos humanos conservan perfecto paralelo con la conducta «social» del animal en grupo natural. Pero nuestra especie humana ha pasado vertiginosamente, a nivel evolutivo, desde la tribu a la supertribu y a la civilización urbana. La tribu es una herencia biológica evolutiva; la civilización es una creación. Por fuerza de la civilización se ha pasado de la tribu a la supertribu, que relaciona grupo con grupo.

Si el animal del «zoo» no es el animal natural, reconozcamos que el hombre «civilizado» tampoco lo es. El hombre civilizado vive recluido en un «zoo humano». Los descontentos de la «civilización», los rebeldes, los contestatarios y revolucionarios de nuestra sociedad, intentan en el fondo crear de nuevo la **tribu**.

Es importante advertir que de este juicio procesual etológico, abierto contra la «civilización» y el «progreso», resulta que la perturbación del **ethograma natural** y del **sociograma tribal**, que son los originales y auténticos, ha de ser estimada como culpa de la «civilización» y del «progreso». Según que el hombre ha abandonado su vida tribal y ha pasado a la vida urbana; y, paralelamente —al menos en forma aproximada—, según que de la organización rural ha «subido» a la industrial y tecnológica, asimismo el hombre se ha alejado más de su original politicidad, cuyas líneas básicas estaban dadas en el hombre mismo. Todavía pueden ser identifi-

cadras en el comportamiento grupal de los animales en libertad; podrían valer como esquema original para corregir las desviaciones impuestas por la «cultura» en el «zoo humano».

5. Es curioso que este proceso etológico contra la cultura nos sitúa de nuevo ante el dilema que hace dos siglos se planteó J. J. Rousseau: la relación entre la **naturaleza** y la **cultura**.

Bajo el árbol que le protegió del calor en 1749, cuando de París caminaba a Vincennes para encontrarse con Diderot, intuyó la contraposición entre el estado de **sociedad y cultura**, por un lado, y, por el otro, el de **naturaleza** del hombre, con sus propios impulsos y facultades.

Cuatro años más tarde intentó un estudio sobre el origen de las desigualdades del hombre. A solas, en un bosque, dedicóse a estudiar los primeros tiempos de la Humanidad, cuya historia se trazó fielmente. Había que superar las mentiras humanas. Trató de poner al desnudo su naturaleza; seguir luego la marcha de los tiempos y de las cosas, que la han desfigurado; y comparando el «hombre del hombre», es decir, el obtenido por obra del hombre, con el «hombre natural», demostró que la pretendida perfección del «hombre del hombre» es la verdadera fuente de sus miserias. Rousseau se volvía al «hombre natural». La más antigua de las sociedades, la única natural, es la familia. El **Emile** instituiría luego la pedagogía del «hombre natural».

Ya desde entonces, como precedente de la **Etología** moderna, se nos ha dicho insistentemente que el hombre «civilizado» no es la **base de la sociedad**. Esta debe volver al hombre auténtico, al «hombre natural».

El hombre natural de Rousseau es el hombre de la «tribu» de los etólogos. El hombre «civilizado» de Rousseau es el del «zoo humano», el mismo de la **civilización**, que desnaturaliza al hombre en su comportamiento individual, al igual que en su comportamiento tribal o social.

Desde entonces está en vigencia la **pregunta de si la llamada «civilización» humaniza o deshumaniza al hombre**.

II

6. Estos planteamientos rousseauianos o etológicos pueden parecer minimizadores, situados como están bajo un epígrafe que apela nada menos que a una **comunidad humana mundial**. Entonces los conceptos de «zoo», «tribu», ethogramas y sociogramas parecen reservados a gabinetes de estudio y safaris científicos, que nada tienen que ver con los graves problemas de la Humanidad actual.

A mediados de 1972, según datos del **Anuario Demográfico de las Naciones Unidas**, la población del mundo alcanzaba la cifra de 3.782 millones de personas, 76 millones más que el año anterior.

De esta población, más de la mitad vive en Asia: a saber, 2.154 millones; China cuenta con 800.721.000; la India supera los 563 millones. Europa viene luego a gran distancia, con 469 millones. América del Norte cuenta con 332 millones. La Unión Soviética, por su parte, implica a 248 millones; U. S. A., 208 millones; Indonesia, 121 millones; Japón, 105 millones; Brasil, 98 millones; Alemania occidental, 61 millones; Gran Bretaña, 55 millones, y Francia, 51 millones. Todavía quedan otros países de grandes comunidades humanas, como Bangladesh, con 60 millones; Nigeria, con 58 millones.

También son dignas de ser tenidas en cuenta, en una sociología concreta, ciudades extremadamente populosas, a la cabeza de las cuales aparece Shanghai, con 10.820.000 de habitantes; Tokio sigue con 8,8 millones; Nueva York, con 7,89; Pekín está en los 7,5 millones, y Londres, en los 7,4. (París, como municipalidad, está en los 2,5, aunque el conglomerado humano se acerque a los ocho.)

Claro es que los conceptos etológicos de tribus y supertribus apenas parecen válidos cuando con tan enormes multitudes se enfrentan; los liderazgos territoriales que entre las bestias se crean no parecen tener aquí lugar; ni el predominio del «grupo de machos», típico en el comportamiento de los mamíferos, parece aplicable a la evolución del poder en las sociedades democráticas.

Con todo, tenemos en las «sugerencias» etológicas una pista que nos puede llevar a una respuesta a la interrogante planteada en el epígrafe de estas páginas.

7. Precisamente la línea de los liderazgos y de los poderes puede iluminarnos sobre la naturaleza de este «zoo» humano, que, en terminología etológica, define a la sociedad «industrializada», «civilizada», de nuestros tiempos.

En la sociografía mundial de hoy aparecen tres categorías de pueblos: los desarrollados, los subdesarrollados y, en el intermedio, los países en vías de desarrollo.

Sería interesante analizar el concepto de «desarrollo» o de «cultura» que subyace a tal división mundial. Podrían formularse, sin duda, graves cuestiones **humanas** a los conceptos en boga; pero lo cierto es que éstos están preformados y definidos de acuerdo con el «progreso» industrial, medido en cifras de producción global, renta nacional y «per capita» y determinados consumos, que parecen criteriológicos para valorar situaciones y establecer sus prelacías. Correlativamente, a través del comercio y de las finanzas mundiales, los llamados «pueblos desarrollados» se han

erigido en directivos de los países; sus «ejecutivos» son económicos, representados, en gran parte, por las empresas multinacionales, amparados en contratos comerciales a nivel estatal.

La forma de «poder» de unos pueblos sobre otros ha adoptado tipos diversos. Sin volver atrás hasta el «poder» de los romanos—que, además de **fuerza** militar, era enorme capacidad **organizativa** de la administración de los pueblos conquistados—, la historia reciente ha registrado, como caso típico, el imperialismo o el colonialismo. Dominio político—con todas sus consecuencias—de un pueblo poderoso sobre otro u otros. Europa sabe mucho de ello. España ejerció su poder en toda Hispanoamérica y en Filipinas; Francia tuvo su imperio; lo tuvo Alemania; lo intentó Italia; Holanda dominó en el Pacífico, e Inglaterra cuenta todavía con los restos de su antiguo imperio en la llamada Commonwealth. Hoy en día el país que más destaca en «poder imperial» es la U. R. S. S.

Aun superado el colonialismo, en cualquiera de sus múltiples formas, restan todavía numerosas formas de **hegemonía política**. Una de ellas fue la Sociedad de las Naciones, y ahora lo es la O. N. U., a través, sobre todo, del poder de veto que los «cinco grandes» retienen en el Consejo de Seguridad.

Hoy es más relevante el **poder** financiero y económico de unos pueblos sobre otros. Existe un verdadero **imperio económico**. La economía es hoy el auténtico poder mundial. Bajo su imperio se erigen los «grandes» de ahora; el gran instrumento de infiltración está constituido por las empresas multinacionales. Este **poder** económico, a través de su capacidad de explotación, de comercialización, de industrialización y de financiación, domina en efecto y controla la organización y el bienestar político del país **subdesarrollado**, al que, por medio, tal vez, de aportaciones «benéficas» que parecen «cultura», «sanidad e higiene» y hasta «tecnológicas», subyugan, controlan y dirigen.

8. Recordemos, desde otro punto de vista, que nuestro mundo se desenvuelve en verdadera lucha de pueblos contra pueblos, en formas y niveles múltiples. No hay más que asomarse a la política europea en combinación con la atlántica. La Comunidad Económica Europea, sumida en egoísmos nacionales, no encuentra modo de superar sus contrastes íntimos; Estados Unidos, a través de la O. T. A. N. o, si se quiere, a través de su gran proyecto de «Pacto Atlántico», quiere en realidad ejercer un control sobre ese «formidable»—en el sentido propio de la palabra—complejo de poder económico-político, quién sabe si militar, que pudiera resultar de una Europa fuertemente unida. La U. R. S. S. y los U. S. A. miran con terror la posibilidad de una Europa económicamente potenciada en unidad y colaboración, y hacen cuanto pueden por deshacer su posible «poder»; por fortuna para ellos, esa unidad se desvirtúa y aún resulta anhelo imposible en manos de los propios europeos,

que luchan, unos contra otros, según líneas históricamente bien conocidas. U. R. S. S. y U. S. A., con sus respectivos N. A. T. O y Pacto de Varsovia, se miran con recelo; China está a la expectativa, como gran poder. Japón espera su hora...

Este nuestro mundo «tan avanzado» conoce sin cesar guerras y más guerras: tras la segunda guerra mundial conocimos la de Corea, la de Vietnam, la del Pakistán; no sabemos lo que ocurre en el Africa Central; Alemania ha quedado dividida. El Ulster es un estado permanente de guerra civil. Los golpes y contragolpes de Estado se suceden, manchados con sangre: recordemos Checoslovaquia, Chile... Reciente, el caso de Portugal; el «golpe» está montado sobre la guerra africana, que el país soporta sin solución desde hace más de un decenio.

Los países están carcomidos, en su gran mayoría, por luchas intestinas, que se recrudecen cada vez que se trata de superar una crisis gubernamental, o se vive clima de lucha electoral, finalmente liquidada a favor del más fuerte. Suele ser el momento de estallido de los antagonismos políticos, cuyo resultado pondrá el «liderazgo» en manos de un hombre o de un partido.

Añádase el ambiente de terror por vía de secuestros, atracos, asaltos...

La lucha árabe-israelí se merece consideración aparte, por un nuevo planteamiento que de ella ha surgido. No se ha encontrado vía de solución definitiva, aquietante para este problema. Lo más importante, desde cierto punto de vista, es que, en un momento dado, ha aparecido en la escena político-militar un nuevo y enorme poder, el de «los países árabes», que aun ante las mayores potencias han planteado la «guerra del petróleo». Han sido muchos los que han doblado la rodilla ante el nuevo Baal de Oriente. No es de este lugar analizar ulteriormente los factores bélicos pujantes en estos momentos.

La «guerra del petróleo» ha despertado la conciencia de poder en los pueblos subdesarrollados; los explotados por los grandes países saben ya que tienen en su propio territorio—y acabarán por tenerlo en sus propias manos—un inmenso poder, el de las materias primas, que obligará a los grandes explotadores a pactar nuevas condiciones, por las que podrá llegar a los subdesarrollados un clima económico de mayor holgura, que pronto entrarán en las vías del desarrollo. No hace muchos días, un ministro chileno sugería la posibilidad de negar el envío de cobre a Inglaterra, como respuesta a determinadas presiones británicas. La Asamblea extraordinaria de la O. N. U., clausurada estos días, ha puesto de relieve el Tercer Mundo como un Tercer Poder, dotado de «materias primas», esenciales para los otros grandes poderes, el económico y el militar.



Quizá, aun para nuestro intento, ha sido demasiado rápida esta panorámica sobre la situación del mundo humano. ¿Valdrá la pena volver de nuevo a los conceptos etológicos y hablar de este «zoo» humano? Baste la alusión para que reflexione el lector sobre cuanto los instintos humanos pueden ejercer en la convivencia de los individuos y de los pueblos. Quizá sea demasiado verdad lo que la Etología nos «sugiere» a partir de los «ethogramas» animales. Pero sigamos adelante.

9. ¿Qué factores **sociológicos** podemos descubrir en el mundo actual que nos hagan presagiar un futuro de **comunidad humana**, políticamente organizada, en unidad de altas estructuras e instituciones, culminadas con un poder internacional o mundial, que rijan unitariamente y para bien de todos, los destinos de la Humanidad, constituida en verdadera **comunidad**?

Las conexiones **reales** que de país a país se hacen en la actualidad apenas tienen lugar dentro de una categoría de jerarquía sociológica, como no sean a título de valores adulterados. Lo «social» debe partir de lo humano y tender al «bien común» humano, específicamente humano.

Las vinculaciones internacionales en vigencia poco tienen que esté basado en lo auténticamente **humano**, y poco apuntan hacia un **bien** que sea **auténticamente bien humano y personal**, y un bien que sea en verdad **común**.

En la historia ha prevalecido el **poder** del más fuerte sobre el más débil. Las apoyaturas de «fuerza» han variado según las condiciones históricas de cada momento y de cada pueblo: desde la flecha envenenada hasta el «missil» atómico de múltiple cabeza. Hoy, con todo, cuando se ha llegado a una «paz» basada en el «equilibrio de terror»—que puede ser equilibrio en el terrible poder nuclear, o, más sencillo, equilibrio de «Phanton», «Mig», «Mirages», quién sabe si algún «Sam» tierra-aire, tanques, cañones múltiples...—, la «fuerza» viene de otro lado. Hasta ahora había sido en exclusiva la capacidad industrial, la infiltración comercial, el poder financiero..., el «desarrollo», «el progreso». La exclusiva de **poder**, retenida y muy cuidada por los llamados «grandes», está en estos momentos neutralizada: ha surgido otro «poder», el de **las materias primas**; todos, aun los más «poderosos», están necesitados de ellas; ya no existe autarquía válida; quien tenga materias primas puede dialogar de igual a igual con quien tiene formidables montajes industriales y maravillosas redes comerciales, pero carece de autonomía económica a falta de materias primas. No hay industria ni hay comercio, si no hay materias primas que elaborar ni productos industrializados que vender o consumir. Es un gran paso en la historia: antes, la hegemonía estaba en manos de la «política»; hoy, lo está en las de la economía. La economía manda en el mundo de hoy.

Lo grave es que estos «poderes» han prescindido del hombre, del hombre como **persona**, como **valor supremo** al que se destinan las materias primas, las elaboraciones industriales, las financiaciones, los consumos y los transportes. Lo hicieron ya antes, en los tiempos de la hegemonía «política»; pues, a pesar del carácter «humano» de la **polis**, la realidad no se ajustaba a los principios auténticos de una legítima igualdad humana en derechos y deberes.

El mundo de hoy, especialmente, se ha olvidado de la persona humana. Cuando la recuerda, es para instrumentalizarla junto a una máquina, para explotarla en un despacho... o en una mina..., subordinarla al automatismo de un cerebro electrónico.

Surgen de cuando en cuando **programas mundiales** o, al menos, continentales e internacionales, que parecerían atender al bien de los países menos desarrollados. Si algo de humano hay en tales programas, hay que reducirlo a los de la Cruz Roja mundial—con sus paralelos—, a algunos de la O. N. U., especialmente de la O. I. T., a cuya autenticidad, con todo, pueden formularse fundamentales reparos, desde el punto de vista antropológico y personal: al fin y al cabo, los programas de la O. N. U. adolecen de falta de autenticidad, radicalizada en la propia O. N. U.; quienes mueven las manos votantes en las Naciones Unidas, en favor o en contra de este o de aquel programa, son las superpotencias, y éstas las hacen levantar mirando más a sus propias ventajas—a corto o a largo plazo—, que llevadas por el ansia de un auténtico bien común; **bien** precisamente para los pueblos necesitados, y **común** a todos los necesitados; bien que es coparticipado, en proporción con frecuencia muy mayoritaria, por el «grande», que en definitiva aspira a imponerse para cualquier eventualidad comercial o política. «Grandes» y «pequeños». El mero hecho de que se estratifique así a los componentes de la O. N. U. dice mucho sobre quiénes están arriba y quiénes abajo. Los de abajo..., ¿qué van a hacer sino sostener o aguantar a los de arriba?

CONCLUSION

10. Si la panorámica ha parecido un poco extensa y los caminos por ella recorridos poco continuos, no hemos ido errantes o inciertos por ellos. Teníamos bien presente que debíamos llegar a formular una respuesta a la pregunta del epígrafe.

a) Ante la panorámica mundial de nuestros tiempos y tenida en cuenta su evolución desde siglos atrás—tres o cuatro—, ¿podemos en realidad afirmar, a partir de **hechos**, de **realidades** producidas en la vida «social» contemporánea, que, en verdad, la Humanidad actual tiene conciencia de verdadera comunidad humana, o, al menos, una auténtica aspiración universalizada, siquiera a nivel de dirigentes, hacia una comunidad política mundial?

Sinceramente, no; terminantemente, no. Ante las perspectivas políticas de hoy, esa aspiración sociológica de Humanidad políticamente unida es una aspiración teórica, de principios, que se limita a las cátedras de Sociología o de Política. Hoy por hoy no hay más. Baste con observar lo que ocurre entre las naciones políticamente más progresadas: las que forman o quieren formar la **Comunidad Europea**. A la hora de la verdad se imponen los nacionalismos, nadie cede para nada de su propia soberanía y autonomía de sus propios intereses. O, por el otro lado, la política de Breznev se cifra en la soberanía limitada de los países sometidos—de una u otra forma—a la U. R. S. S.: la plena soberanía es del poder soviético. Pero esto no es una auténtica «comunidad», ni la europea, ni la soviética.

b) Tal como están los grupos humanos de hoy, dadas las enormes diferencias de todo orden que entre ellos existen, ese mundo está todavía muy lejos de capacitarse para organizar y vivir una verdadera comunidad humana. Los desniveles existentes, aun en el orden propiamente humano, son insalvables. Pensemos en las diferencias en higiene, sanidad, cultura, libertades personales o siquiera tribales, derechos ciudadanos...

No es posible que grupos humanos tan **sustancialmente diferenciados** y distantes en los valores más necesarios para una convivencia ciudadana puedan fundirse en una **comunidad**, con sus instituciones universales, sus códigos civiles... y especialmente su carta fundamental de derechos y deberes humanos aceptados y respetados por todos.

c) Si se analizan los factores que actualmente tienden una red que paulatinamente intercomunica y entrelaza hombres y grupos entre sí, el porcentaje de elementos sociológicos observados será incomparablemente inferior al de aquellos que más bien tienden a anular el factor personal y «social» del hombre. La economía, con sus ramas de comercio, industria y financiación, es terriblemente inhumana. La tecnología, hoy en boga, instrumentaliza al hombre. El «poder» económico esclaviza y explota países, que tienen que vivir a merced de los grandes, pues son éstos quienes aportan medios financieros y de explotación; a sus exigencias, a veces coactivas, laborales y políticas, deben someterse los naturales y su comunidad sin condiciones; rendirán tributo de sumisión, reconocido o no como tal, con entregar a las potencias los recursos naturales encerrados en sus tierras.

d) Se impone una **sustancial corrección** en las tendencias antisociológicas del mundo internacional de hoy. Pero... ¿quién pone el cascabel al gato? Quizá ha surgido ya quien lo haga, aun cuando deba preverse que la corrección necesaria tardará muchos años, siglos, sin duda. Los países explotados se han dado cuenta de que tienen, «enterrado», pero en sus manos, un enorme poder. El pro-

blema está en que lo puedan explotar, y luego, que lo utilicen y administren con sentido sociológico. ¡Es mucho pedir!

Pero conste ya que los «pobres» ya no son tan pobres; que los «poderosos» ya no lo son tanto como para esclavizar a los pueblos. Comienza a moverse y a equilibrarse la balanza de los **poderes**.

Pero..., por desgracia, lo que en la balanza pesa no es, hoy por hoy, el hombre, la persona, sino el «poder»: el económico, el financiero, el tecnológico y... el militar. No es camino para formar una comunidad humana y «política» mundial.